

LOS TRABAJADORES GALLEGOS DE LA ALEMANIA NAZI

Antonio Muñoz Sánchez
Instituto de Ciências Sociais,
Universidade de Lisboa

DOI: [10.17075/etragsgm.2022.001](https://doi.org/10.17075/etragsgm.2022.001)

Ernesto Martínez Méndez y Eudaldo Martínez Méndez nacieron en Teis en la segunda década del siglo xx. No eran hermanos, por cuanto parece, pero como muchachos ambos del barrio de Padín sin duda se trataron y tal vez hasta compartieran escuela, juegos y romerías. La Guerra Civil separó sus caminos. Ernesto combatió con los rebeldes y regresó victorioso a Teis, mientras que Eudaldo defendió la República y se exilió. En pocos años, sin embargo, el torbellino de la Guerra Mundial hizo que sus destinos se cruzasen de nuevo, esta vez en tierras lejanas. En la Francia ocupada por los alemanes, Eudaldo fue obligado a construir fortificaciones y por un acto de sabotaje le deportaron al Reich, donde fue trabajador esclavo de la Volkswagen en Wolfsburg. A su vez, Ernesto emigró de Vigo a Berlín, contratado en los ferrocarriles alemanes, y por robar unos cartones de tabaco fue condenado a dos años y medio de prisión. En su desgracia, Eudaldo tuvo la fortuna de llegar vivo al final de la guerra y fue liberado del campo de concentración por soldados americanos¹. Distinta suerte corrió Ernesto, que falleció de tuberculosis en la cárcel de Brandemburgo el 2 de diciembre de 1944². Ese día, a los dos todavía jóvenes gallegos les separaban poco más de cien kilómetros.

Durante la Segunda Guerra Mundial, más de veinte millones de europeos trabajaron para el III Reich, el 80 % contra su voluntad, tanto en Alemania como en los países ocupados. Eran trabajadores civiles libres o forzados, prisioneros de guerra y presos en cárceles o en campos de concentración. Esta enorme masa de obreros extranjeros fue crucial para el sostenimiento de la economía de guerra alemana, sometida a la constante pérdida de mano de obra autóctona a causa de la movilización de soldados para el frente. El moderno régimen de semiesclavitud impuesto por los alemanes en la Europa de Hitler fue juzgado en los procesos de Núremberg como crimen de guerra y contra la humanidad, y uno de sus máximos responsables, Fritz Sauckel, recibió sentencia de muerte. Frente a la barbarie del Holocausto y el horror sin límites de la *guerra total*, el fenómeno del trabajo forzado (y libre) se consideró, sin embargo, durante décadas, un aspecto menor

¹ Documentación sobre el deportado Eudaldo Martínez derivada de su solicitud de indemnización a la RFA, 1960-1971 (Arolsen Archives, Bad Arolsen [AA], 106405961); @Buscameblog, 1.10.2016.

² Expediente de Ernesto Martínez (Archivo General de la Administración, Alcalá de Henares [AGA], 74/16249); acta del proceso en Berlín, 1943 (AA, 12119543); certificado de defunción emitido por el Registro Civil de Brandemburgo, 5.12.1944 (AA, 12088388).

de la Segunda Guerra Mundial. Solo a partir de 1990 se comenzó a valorar su importancia para la historia diplomática, económica y social del mayor conflicto bélico conocido y se estudió de manera sistemática, especialmente en Alemania, donde además surgieron innumerables iniciativas dirigidas a honrar la memoria de aquellas *víctimas olvidadas* del nazismo.

Como Eudaldo y Ernesto, decenas de miles de españoles trabajaron para el III Reich. Desde los fiordos de Noruega hasta el desierto de Argelia, de los acantilados de Bretaña a las llanuras de Bielorrusia, pasando por todas las regiones de Alemania, españoles exiliados de la Guerra Civil y españoles llegados de la España de Franco construyeron fortificaciones, presas y líneas de ferrocarril, fabricaron armamento, extrajeron carbón y hasta amasaron pan. El destino de estos hombres y (unas pocas) mujeres quedó marcado por decisiones tomadas en las alturas del poder en Berlín, Vichy o Madrid. Unos eran (semi)cautivos, otros se movían con libertad. Centenares perecieron en accidentes, en bombardeos o enfermos de tuberculosis, algunos fueron ejecutados o deportados. Tras la guerra, unos regresaron a España, otros se quedaron en Europa y unos pocos emigraron a América. Unos recordarían su trabajo para los alemanes como un episodio más de una vida atribulada marcada por la Guerra Civil y el exilio o bien por la dureza de la postguerra en España, otros tuvieron que revivirlo dolorosamente cada día a causa de las secuelas físicas o psíquicas. Solo una minoría dejó testimonio escrito de aquellas vivencias.

Los trabajadores de la Alemania nazi forman parte de la historia con mayúsculas de la participación de España en la Segunda Guerra Mundial. Pese a ello, apenas han concitado la atención de la historiografía y están ausentes de nuestro imaginario colectivo. Identificamos a los españoles en aquel conflicto con la División Azul, La Nueve o Mauthausen. Sobre ellos se han publicado centenares de estudios, ensayos y novelas, se han rodado películas, y en su memoria se han erigido monumentos y renombrado calles. Sin embargo, cuando pensamos en los españoles en aquella Europa en llamas, no se nos vienen a la mente hombres paleando fango en el puerto de Burdeos, vertiendo hormigón en un encofrado en Jersey, descargando vagones en Berlín o entibando en las minas del Sarre. El desconocimiento y anonimato es casi absoluto cuando se trata de los trabajadores gallegos. Entre los contados estudios sobre los 10 000 «productores» que emigraron a Alemania desde la España de Franco, no encontramos

más que un par de referencias a ellos. En cuanto a los 40 000 trabajadores forzados españoles, son un campo escasamente explorado y muy poco se sabe de los originarios de Galicia.

Este capítulo es una aproximación a la historia de los gallegos que sirvieron a la economía de guerra alemana entre 1940 y 1945. La mayoría eran exiliados, el resto emigrados desde España. Sus experiencias discurrieron en paralelo, pero en el mismo tiempo y, a veces, en el mismo espacio, por lo que en ocasiones se solapan, también, con las de otros españoles envueltos en la Guerra Mundial. Encontramos exiliados y emigrantes que trabajan en las mismas fábricas alemanas, acaban en campos de concentración o entran en las *Waffen SS*. En todo caso, la historia de cada grupo responde a unas circunstancias particulares y posee una coherencia propia que requiere ser expuesta de manera individual, como aquí haremos. La primera parte trata de los exiliados sometidos a trabajos forzados tanto en Francia como en Alemania. La segunda se ocupa de los voluntarios que desde España emigraron al Reich. La tercera ofrece algunas pinceladas sobre los destinos de ambos grupos tras la Guerra Mundial, con especial referencia a la reparación y la memoria.

Del amplio abanico de fuentes primarias para el estudio de los trabajadores gallegos en la Europa de Hitler, se ha recurrido aquí a una muy pequeña parte de ellas. En España, se ha consultado el fondo de la comisión interministerial creada para gestionar el envío de trabajadores al Reich, depositado en el Archivo General de la Administración. En Alemania, documentación de empresas y de la Administración, procedente de los Archivos Arolsen. En Francia, fondos policiales de los Archivos Departamentales de la Gironda y Costas de Armor. Por motivos varios, no fue posible acceder a documentación relevante en Galicia. Queda para futuras investigaciones explotar de forma exhaustiva las fuentes gallegas, españolas, francesas y alemanas, y con ellas reconstruir en detalle esta faceta relevante del exilio y la emigración gallega del siglo XX que es, al mismo tiempo, una parte sustancial de la participación de Galicia en la Segunda Guerra Mundial.

EL TRABAJO NO LIBRE, REALIDAD OMNIPRESENTE PARA LOS EXILIADOS REPUBLICANOS EN LA EUROPA DE HITLER

La ya casi inabarcable producción historiográfica sobre el trabajo forzado (y libre) de millones de europeos para el III Reich dibuja una realidad asaz compleja y cambiante. Sorprendentemente, la integración a gran escala de extranjeros en el sistema productivo alemán no estaba en los cálculos del régimen nazi cuando se desencadenó la guerra. El sistema de semiesclavitud que se juzgaría en Núremberg seis años después no respondió a un plan estructurado, sino que fue una solución de emergencia a las necesidades cada vez más desmesuradas de la economía de guerra alemana. Así, por ejemplo, solo a partir de 1942 se generalizó la recluta obligatoria en los territorios ocupados con destino a las industrias del Reich y se utilizó de manera sistemática a los internos en campos de concentración como mano de obra. El trato a los obreros extranjeros fue también empeorando con el tiempo y variaba además mucho según criterios raciales y políticos. Peor suerte que a los esclavos de Roma les tocó a los judíos, los prisioneros de guerra soviéticos y los deportados. Condenados a una muerte lenta, trabajaban en condiciones penosas y no recibían suficiente alimento. En el extremo opuesto estaban los nacionales de países de Europa occidental, aquellos que Berlín esperaba fuesen sus aliados tras la guerra. Franceses, belgas, holandeses o daneses gozaban formalmente de los mismos derechos que los alemanes. Una excepción a esta norma la representaban los antifascistas, que fueron perseguidos, enviados a cárceles y campos de concentración o convertidos en trabajadores civiles forzados. Entre ellos estaban los *Rotspanier*, los exiliados de nuestra Guerra Civil a los que la propaganda nazi presentaba como criminales comunistas (Spoerer 2001: 62-63; Alff 1966).

El carácter fluido y caleidoscópico del gigantesco sistema de explotación puesto en pie por Alemania a partir de 1939 tiene su exacto reflejo en el caso de los exiliados españoles. La integración de este relativamente pequeño grupo de antifascistas como mano de obra en el «gran espacio económico» (*Grosswirtschaftsraum*) de la Europa de Hitler no fue un proceso lineal y con perfiles bien definidos. La existencia de muchos actores con capacidad de influencia (desde el Gobierno de Madrid hasta las empresas privadas o la Gestapo) o la gran diversidad de escenarios donde los españoles fueron puestos a trabajar (con diferentes jurisdicciones,

condiciones climáticas o impacto de los bombardeos aliados, por ejemplo) son apenas dos de los muchos factores que modelaron una realidad llena de matices y en continua transformación. No hay, por ejemplo, un trato «prototípico» a los trabajadores forzados españoles en la Europa dominada por los alemanes. Desde las durísimas condiciones que sufrieron los enviados a las islas del Canal hasta la decente situación de algunos emigrados tempranos desde Francia al Reich, la paleta es muy amplia y cambiante a lo largo de la guerra. En todo caso, sobre esta diversidad un elemento clave unifica y empasta la historia de los *Rotspanier*: el carácter involuntario de su contribución a la economía de guerra alemana. Un hecho que no sorprende tratándose de antifascistas convencidos de que habían perdido la guerra en España por el apoyo de Hitler a Franco y de que solo podían regresar a su patria liberada si el Reich era derrotado por los aliados. El anarquista catalán Enric Casañas, obligado a servir a los alemanes en Francia, lo describía así: «tuve que trabajar para un sistema que yo no quería apoyar. Eso, en sí mismo, ya era pésimo para mí. En realidad, trabajo forzado no solo significa ser golpeado o tener que llevar pesadas cargas y cosas así. [...] Era trabajo normal, pero fue sencillamente un trabajo forzado» (Dick 2020: 136).

Cuando Alemania lanzó en mayo de 1940 su ofensiva sobre Francia, residían en este país unos 150 000 refugiados de la Guerra Civil. Casi una tercera parte eran ancianos, mujeres y niños, y 104 000, antiguos soldados del Ejército de la República. De estos, unos 3000 eran inválidos de guerra y continuaban viviendo en los campos de refugiados cercanos a los Pirineos, otros 6000 se habían enrolado en el Ejército francés y 95 000 habían aceptado un servicio de trabajo como condición para no ser expulsados del país. Entre los últimos, 55 000 formaban parte de las Compañías de Trabajadores Extranjeros (CTE), unidades militarizadas de 250 hombres comandados por un oficial francés y dedicadas a la construcción de infraestructuras defensivas; y 40 000 estaban empleados por el Ministerio de Trabajo como obreros industriales o agrícolas (Dreyfus-Armand 1999: 113). De los 95 000 exiliados al servicio de la economía francesa saldrán la práctica totalidad de los españoles deportados a campos de concentración y de los trabajadores forzados en la Europa de Hitler.

Desconocemos cuántos de esos 95 000 republicanos españoles en Francia a la altura de mayo de 1940 procedían de Galicia (Núñez Seixas 2016a). Según el censo de exiliados elaborado por el Consello da Cultura Galega, serían unos 1000, el 1 %

del total (Consello da Cultura Galega 2001). Entendemos que esta cifra es muy conservadora. Una pista fiable del volumen real del exilio gallego en Francia al producirse la invasión alemana nos la dan los deportados, único grupo de republicanos españoles del que existe un listado completo. Los exiliados gallegos que acabaron en Mauthausen y otros campos fueron alrededor de 190, es decir, más del 2 % del total de republicanos españoles deportados de sexo masculino, unos 9000³. Resulta razonable suponer que esta habría sido también la proporción de los gallegos respecto al conjunto del exilio español en Francia durante la Guerra Mundial y que, por tanto, su número total no habría bajado de los 2000. Otro indicio, este más intuitivo, que apunta a que la colonia de republicanos gallegos en la Francia ocupada fue bastante mayor del que hasta ahora se cree es que los trabajadores forzados que nos acompañarán en las siguientes páginas fueron localizados en la documentación de archivo sin realizar una búsqueda mínimamente exhaustiva y, en su mayoría, no constan en el citado censo como exiliados en Francia.

Tras el armisticio firmado en Compiègne a finales de junio de 1940, Francia quedó dividida en una zona ocupada por los alemanes y una zona *libre*, donde se estableció un régimen colaboracionista presidido por el mariscal Pétain, con sede en la ciudad balnearia de Vichy. En los primeros meses, los alemanes trataron a los *Rotspanier* que cayeron bajo su control con la misma severidad que a los comunistas alemanes y a otros enemigos políticos del Reich. Esto se tradujo en la transferencia de 7000 españoles de las CTE, capturados por la Wehrmacht durante la invasión del país, desde los campos de prisioneros de guerra a Mauthausen y en la deportación también al mismo campo de concentración de centenares de civiles españoles desde el campo de refugiados de Angulema. Esa brutal e indiscriminada persecución fue, por fortuna, pasajera y pronto el trato a los refugiados españoles se fue permeando del carácter *civilizado* que definió la relación de las fuerzas de ocupación con una población francesa resignada a la nueva realidad impuesta por los vencedores.

En la Francia ocupada, los alemanes aplicaron una política de rapiña de recursos que trajo consigo el cierre de empresas, el aumento del paro y la caída de la producción industrial. La depresión económica dio alas a la emigración laboral al Reich, que las autoridades de ocupación trataban de estimular sobre la base de la voluntariedad, como vemos, inducida. En los primeros meses, el 85 % de los

³ Lista actualizada de deportados españoles en <http://memoria.gencat.cat>

que se alistaron en las oficinas de reclutamiento alemanas en la Francia ocupada eran extranjeros, no casualmente los más afectados por el desempleo (Arnaud 2010: 23-24). Entre los primeros emigrantes «voluntarios» se encontraba Antonio Vázquez (Lugo, 1897), que el 2 de agosto de 1940 comenzó a trabajar en una empresa de montaje de raíles cerca de Stuttgart⁴. Otros españoles emigraron también al Reich desde la Francia libre, donde los alemanes enviaron reclutados a los campos de refugiados. En Argelès fueron contratados en octubre diez exiliados por una empresa textil de Premnitz, cerca de Berlín, entre ellos Manuel Domínguez (Meis, 1912), Bernardino Guerra Fuentes (A Mezquita, 1902) y José Losada Martínez (Ares, 1906)⁵. Hasta el otoño de 1941, emigraron de Francia al Reich más de 50 000 trabajadores, de los que unos mil eran exiliados españoles (Homze 1967: 57). Estos recibían en la práctica el mismo trato que los franceses. Podían moverse libremente por Alemania, volver a Francia tras vencer el contrato y girar dinero a sus familias en España. Bernardino Guerra, excarabinero en A Mezquita, enviaba todos los meses parte del salario a su mujer a través de una oficina bancaria de esta villa⁶.

La necesidad de mano de obra extranjera para las fábricas alemanas contribuyó a relajar la persecución contra los exiliados españoles, como el propio jefe de las SS Reinhard Heydrich confesaba al ministro de Trabajo del Reich en abril de 1941: «La peligrosidad de esta chusma internacionalista, infestada de comunistas y antialemana, no necesita de mayores explicaciones. Sólo la situación del mercado de trabajo me ha llevado a no detener a los Rotsparienkämpfer [...] llegados desde [Francia] sino primeramente observarlos y sólo enviarlos [a los campos de concentración] en caso de indisciplina o comportamiento políticamente perjudicial» (Muñoz Sánchez 2021: 344). A la postre, ni siquiera esta represión más selectiva deseada por las SS se aplicaría de forma sistemática. Aunque desde muy pronto hubo exiliados trabajando en el Reich que fueron a la cárcel y a campos de concentración, lo cierto es que una falta no resultaba necesariamente fatal⁷. La casuística era enorme y la fortuna jugaba también su papel. Santiago Fernández

⁴ Ficha de registro de Antonio Vázquez como residente en Esslingen, sin fecha (AA, 48747015).

⁵ Documentación sobre trabajadores españoles de la IG Farbenindustrie AG, Premnitz (AA, 10010324).

⁶ Registro de transferencia a Josefa Seoane de Guerra, de Santigoso, 1941-1943 (AA, 10010324).

⁷ Por ejemplo el asturiano Urbano Quintana, que emigró a Múnich, fue detenido en septiembre de 1941 y acabó en Dachau (<https://deportadosasturianos.blogspot.com/2021/02/urbano-quintana-cabal.html>).

Dacal (Vigo, 1922) emigró de Nantes a Viena en noviembre de 1941. Cometió un hurto y abandonó su empresa sin aviso; fue localizado un mes más tarde por soldados en un parque de Dresde donde pernoctaba. Lo llevaron ante el cónsul franquista en la ciudad, quien le encontró empleo en una fábrica a la que acababa de llegar un contingente de productores desde España. Al mes, robó a algunos de esos compatriotas y se fugó. Fue detenido y en cuestión de días pudo regresar a la empresa, que abandonaría otra vez a la francesa en agosto de 1942⁸.

En la Francia libre, donde residía el grueso del exilio republicano, el régimen de Vichy demostró desde el principio una visión mucho más pragmática y utilitaria hacia los *rouges espagnols* que los alemanes en la zona ocupada. Los considerados más peligrosos fueron repatriados, recluidos en campos de internamiento como Vernet o invitados a abandonar el país. El objetivo de Vichy era aprovechar la enorme masa de refugiados, limpia ya de los elementos radicales, como mano de obra gratuita para la economía nacional. Con ese fin creó en septiembre de 1940 los Grupos de Trabajadores Extranjeros (GTE), siguiendo el modelo de las desaparecidas CTE, aunque ahora privadas de carácter militar y con condiciones draconianas. En los GTE debían integrarse obligatoriamente, «por el tiempo que las necesidades lo exijan», todos los extranjeros desempleados entre 18 y 54 años que quisieran seguir residiendo en Francia. Los trabajadores no cobraban salario, solo una prima diaria de 0,50 francos (el precio de un periódico), vivían en una residencia comunitaria, no tenían libertad de movimiento y el correo era censurado. La indisciplina suponía el envío a un campo de internamiento (Gaida 2016a: 84-109).

Los GTE hicieron de 31 000 refugiados españoles y otros 9000 extranjeros servidores involuntarios de una dictadura que preparaba a Francia para el *nuevo orden* fascista que emergería en Europa tras la victoria final de Alemania. Los trabajadores fueron empleados sobre todo en la industria, el sector forestal, la construcción civil y la minería. Las condiciones más penosas les correspondieron a los republicanos que se habían refugiado en el África francesa en 1939 y a los deportados allí por Vichy⁹. En Túnez, 900 españoles trabajaron en un proyecto

⁸ Documentación varia sobre Santiago Fernández Dacal, 1941-1942 (AA, 76550980).

⁹ Para las biografías que siguen, salvo la de José Pastoriza, véase el Archivo de la Democracia de la Universidad de Alicante (<https://archivodemocracia.ua.es/>).

de colonización agrícola en una zona semidesértica. La mayoría eran marinos andaluces, murcianos y gallegos, como el cenetista Marcelino Llano Cotrofe (A Coruña, 1912), quien falleció allí tras la liberación. El comunista Enrique Chantada Rodríguez (Vigo, 1911) estuvo también en Túnez y fue más tarde condenado por un tribunal de Orán a quince años de trabajos forzados, pasando por diversos campos de castigo en Argelia. Más de 2000 españoles participaron en la construcción del Transahariano, un viejo sueño colonial francés para unir Dakar y Argel. También allí hubo decenas de gallegos. El anarquista José Pastoriza Soto (Marín, 1914) fue deportado como *extrémiste* desde Vernet al «Campo de la Muerte de Djelfa», donde muchos de sus compañeros «sucumbieron atrozmente en la arena del desierto del Sahara» (Pastoriza Soto 1975: 100). El socialista Victoriano Barroso Fernández (Ferrol, 1914) trató de escapar dos veces de las obras del ferrocarril y acabó siendo condenado a muerte, luego conmutada por cadena perpetua (Barroso Fernández: 2014). El intento de fuga también frustrado de Antonio Rodríguez Leira (Cariño, 1914) llevó a su alistamiento forzoso en la Legión francesa, desde la que pasó a La Nueve y participó en la liberación de París. Para los españoles en los GTE del norte de África, el calvario acabó tras el desembarco aliado de noviembre de 1942. Para sus compañeros en la Francia continental, lo peor todavía estaba por llegar.

La invasión de la URSS abrió la puerta a la *guerra total* y a la implantación de un sistema de explotación sistemática de mano de obra en los territorios ocupados por los alemanes. Para los *Rotspanier* en Francia resultó trascendental la decisión de Hitler de construir una gigantesca línea de defensas entre Hendaya y el Cabo Norte con la que prevenir una posible ofensiva de los aliados por el oeste aprovechando la concentración de fuerzas alemanas en el este. Ese así llamado Muro Atlántico estaría formado por baterías, búnkers y otras estructuras que debían convertir al continente, al menos en la imaginación del *Führer*, en una fortaleza inexpugnable. De hacer realidad esa quimera se ocuparía la Organización Todt (OT), organismo de carácter paramilitar que seguía a la Wehrmacht reparando infraestructuras dañadas en los combates y creando otras para asegurar el control del territorio conquistado. Su *modus operandi* consistía en contratar empresas de construcción y poner a su disposición la logística, financiación y mano de obra. Los enormes recursos procedentes del saqueo de los países ocupados y una eficaz burocracia otorgaban a la OT gran capacidad operativa. Por toda la Europa

ocupada puso en pie carreteras, puentes, fortificaciones, puertos, bases submarinas, canales, vías férreas, aeródromos, etc., completando, en palabras del servicio de la inteligencia británico, «el programa constructivo más impresionante desde la época de los romanos». Tras la muerte de Fritz Todt en 1942, el ministro de Armamento Albert Speer se hizo cargo de la OT y la transformó en un pilar de la economía de guerra nazi y el mayor empleador del continente. Hasta 1,5 millones de voluntarios, forzados, prisioneros de guerra y deportados llegó a tener su multinacional «ejército» de trabajadores (Dick 2020: 2).

El Muro Atlántico fue el proyecto más ambicioso de la OT. Solo en Francia y en las islas del Canal, más de 300 000 hombres participaron en su construcción (Lemmes 2009: 157). La mayoría eran franceses, belgas y holandeses, que se enrolaban libremente atraídos por los altos salarios de la OT. Algunos miles de exiliados españoles en la Francia libre también fueron por propia voluntad a las obras del Muro Atlántico, hartos de trabajar gratis para Vichy o como forma de salir de un campo de internamiento. La inmensa mayoría hicieron, sin embargo, oídos sordos a los reclutadores de la OT que visitaban sus GTE. En respuesta, los alemanes obligaron a los franceses a enviarles GTE completos (Alff 1966; Gaida 2016a: 316-321). La deportación de republicanos españoles y otros extranjeros desde la Francia libre a la zona ocupada se inició antes incluso de concebirse el Muro Atlántico, y su destino eran las obras de las bases submarinas alemanas en Brest, Lorient, Saint-Nazaire, La Rochelle y Burdeos. En uno de los primeros transportes iba el excombatiente en las Milicias Galegas Germán Fernández Millares (Ribeira de Piquín, 1902), que lo relataría así años más tarde:

hallándonos en los Altos Alpes [...] unos ochocientos españoles fuimos requisados por los alemanes para ir a trabajar a la base submarina de Brest concentrándonos en un campo en las inmediaciones del trabajo. [...] Comenzamos a trabajar el día 30 de junio de 1941 y a causa de los constantes bombardeos la estancia allí era un infierno los trabajadores españoles aprovechando la obscuridad saltaban las alambradas y se fugaban¹⁰.

A partir de 1942, los exiliados españoles en Francia fueron masivamente convertidos en trabajadores forzados de la OT. El proceso se aceleró desde noviembre de

¹⁰ Borrador de carta de Germán Fernández a la embajada española en Bonn, 15.6.1966 (Archivo familiar).

ese año, cuando los alemanes ocuparon la zona libre. Para disgusto de Vichy, una buena parte de los GTE tuvieron que ser enviados a las obras del Muro Atlántico. Pero también refugiados españoles que habían encontrado trabajo en el sector privado y vivían libremente en el Midi fueron detenidos y entregados a la OT. José Ben Piñana (Burela, 1912), exoficial republicano, residía cerca de Toulouse y estaba empleado en una empresa agrícola. En marzo de 1943, cinco días después de su boda, fue detenido en la puerta de su casa y llevado al campo de Septfonds junto a centenares de españoles también detenidos. Allí, la Gestapo se hizo cargo de ellos y los envió a las obras de la base submarina de Burdeos¹¹. Otro tanto le ocurrió al socialista Ángel Villar Vázquez (Gomelle, 1898), quien había sido responsable de la estafeta de la estación de San Clodio-Quiroga y que se exilió con toda su familia desde Igualada, donde vivían desde 1935. Junto a uno de sus hijos, llamado como él, Ángel Villar fue detenido en Perpiñán y ambos acabaron en Burdeos. En esta ciudad, los alemanes también reclutaron a la fuerza entre la amplia colonia de refugiados. Entre ellos a Ramón Fernández González (Ortigueira, 1913) y el exoficial Antonio Freire Miño (Pontedeume, 1906), quienes posiblemente siguieron el mismo recorrido en Francia desde su entrada en el país el 9 de febrero de 1939¹².

Conocemos solo retazos de la historia de los 35 000 exiliados españoles y de las decenas de miles de prisioneros de guerra soviéticos y otros trabajadores forzados en el Muro Atlántico en Francia (Pike 2015 y 2016). Existen pocos estudios específicos y la documentación es escasa al haber sido buena parte de ella destruida por la Administración francesa y por las empresas alemanas al servicio de la OT, interesadas en ocultar su responsabilidad en aquel sistema de explotación. Los españoles trabajaron tanto en la construcción de búnkers, baterías y lanzaderas de cohetes en la costa francesa y en las islas del Canal como en las obras de las bases submarinas. Estas eran gigantescas estructuras de hormigón armado concebidas para proteger a los U-Boote de las bombas aliadas. Su construcción la realizaban a ritmo frenético equipos de hasta 10 000 hombres trabajando día y noche en turnos de doce horas. La descomunal base de Brest, donde se emplearon 500 000 metros cúbicos de hormigón, se puso en pie en apenas 500 días. Podía acoger

¹¹ Expediente de José Ben, Servicio de Indemnizaciones a las Víctimas del Nazismo, Düsseldorf.

¹² Ficha policial de Ángel Villar, Ramón Fernández y Antonio Freire, internados en el campo de Merignac por orden alemana y entregados a la OT, enero 1942 (Archive Departamental de la Gironde, SC 1906).

a quince submarinos y su cubierta de 6,10 metros de espesor estaba concebida para resistir el impacto de las más potentes bombas aliadas. Los accidentes en las obras de las cinco bases submarinas eran frecuentes y junto con los bombardeos provocaron centenares de muertes (Gaida 2016b: 110).



Fig. 1. Base submarina italo-alemana de Burdeos, construida entre 1941 y 1943 por más de tres mil republicanos españoles. El monumento en su honor fue erigido por un grupo de descendientes. A su inauguración el 14 de abril de 2012 acudió Ángel Villar hijo. Foto: Peter Gaida

Como el resto de trabajadores forzados del Muro Atlántico, los españoles estaban sometidos a estrecha vigilancia. Residían en campos de la OT instalados en edificios como cuarteles o, más comúnmente, contruidos *ex profeso* tomando como modelo los campos de prisioneros de guerra, con barracas rodeadas de alambre de espino no electrificado y controlados por guardias de la propia OT, soldados alemanes o gendarmes franceses. Siempre escoltados, los españoles iban generalmente a pie a la obra y regresaban tras doce o catorce horas. Su rutina

durante meses o años se limitó a poco más que trabajar, comer y dormir, y descansar un domingo cada dos semanas. Con todo, en los más de treinta campos de la OT entre Calais y Burdeos que acogieron a los españoles, las condiciones variaban sustancialmente. Por lo general eran más ásperas cuanto más al norte, donde se contaba con que se produjera el desembarco aliado y se fortificaba a marchas forzadas. Uno de los peores destinos era la isla de Alderney, donde apenas había comida, no existía comunicación con el mundo exterior y los guardas maltrataban y torturaban a los trabajadores. En el otro extremo estaba la caserna Niel en Burdeos, donde 3000 españoles que construían la base submarina disfrutaban de un buen servicio de cocina, podían pasear a ciertas horas por la ciudad y hasta tenían sus propias actividades culturales y de asueto (Gaida 2016b: 110). Sobre estas diferencias, un juez alemán que se ocuparía de las reclamaciones de los españoles del Muro Atlántico sentenció: «Mientras algunos tenían libertad de movimiento [...], otros tuvieron que trabajar en condiciones de vida tan inhumanas, que se impone la comparación con los campos de concentración» (Muñoz Sánchez 2021: 345).

La documentación consultada permite colocar apenas unas pocas teselas del gran mosaico, aún por construir, de la historia de los gallegos de la OT en el Muro Atlántico. José Pérez Portela (Bueu, 1912) y Ramón Suárez Nogueira (Malpica, 1920) trabajaron para la empresa Raebel Werke en las obras de construcción del Muro Atlántico en la región de Cherburgo, donde las condiciones eran especialmente duras¹³. En una fuga masiva de españoles de las obras de la base submarina de La Rochelle que se produjo en febrero de 1942 y que tuvo un fin incierto participaron Aurelio Domínguez Laje (Santiago, 1919), Luis Espósito González (A Coruña, 1916), Manuel Fernández López (Lugo, 1912), José Garrido Varela (Malpica, 1915), Julio Gómez Martínez (A Coruña, 1915), Antonio Hernández Noya (A Coruña, 1905), José Lago Gómez (Pontevedra, 1912), José Medina Vidal (Miño, 1917) y Urbano Montero Rodríguez (Ourense, 1914)¹⁴. Tampoco Germán Fernández Millares soportó el infierno de Brest y consiguió escaparse ese mismo mes de febrero de 1942¹⁵. José González Castro (Pontevedra, 1915) también trabajó en Brest hasta que la empresa Sängner & Lenninger le envió primero

¹³ Lista de trabajadores extranjeros de la Raebel Werke en la obra «Gustav», 4.4.1942 (AA 71186904).

¹⁴ Lista de españoles fugados, febrero 1942 (Archive des Côtes d'Armor, 17 W 40).

¹⁵ Borrador de carta de Germán Fernández a la embajada española en Bonn, 15.6.1966 (Archivo familiar).

a Alemania y luego a la isla de Guernsey¹⁶. José Ben Piñana descargó camiones en la base de Burdeos, lo que agravó su hernia y le hizo escupir varias veces sangre. Decidió fugarse con ayuda de un amigo de la infancia en Burela, un tal Roques, que trabajaba en la enfermería de la caserna Niel. Hasta la liberación un año más tarde, vivió en la clandestinidad cerca de Toulouse¹⁷. Gracias a sus conocimientos de alemán y francés, Ángel Villar hijo obtuvo un buen trabajo como electricista de la base de Burdeos y además de realizar sabotajes pasó informaciones a la Resistencia¹⁸. Manuel Fernández López (Sarria, 1902), Emilio Morales Latorre (Monforte de Lemos, 1912), Manuel Sánchez Jaldá (Vigo, 1915), José Franco Franco (O Hío, Cangas, 1917), Manuel Pérez Taboada (Xeive, 1917) y Eudaldo Martínez Méndez (Vigo, 1917) trabajaban para los alemanes, en su mayoría en la región de Burdeos. Por su oposición activa a los ocupantes fueron detenidos y, junto a otros casi 200 españoles, deportados en mayo de 1944 desde Compiègne a Neuengamme, en Hamburgo. El mayor de ellos, Manuel Fernández, no soportaría el calvario del campo de concentración y fallecería en los últimos meses de la guerra¹⁹. Por fugarse de las obras de la base de Lorient y quizás entrar en la Resistencia, fue detenido en Rennes en julio de 1944 el mecánico de tanques en la Guerra Civil Luis Sánchez Toirán (San Sadurniño de Ferreiros, 1917). Deportado a Natzweiler y Dachau, fue liberado por los aliados en un subcampo junto al lago Constanza²⁰.

En vista del modesto resultado de la política de emigración voluntaria al Reich que se venía aplicando como norma general desde el comienzo de la guerra, en la primavera de 1942, el flamante plenipotenciario para la mano de obra, Fritz Sauckel, puso en marcha un programa de recluta forzada y masiva en los territorios ocupados. En poco más de dos años, unos seis millones de europeos serían obligados a trabajar en el Reich. Esta enorme migración laboral involuntaria en tan corto periodo de tiempo no tenía precedentes y dio a su responsable el merecido título de «negrero de Europa». Desde Francia, casi 650 000 emigraron a Alemania en el marco de dos acuerdos bilaterales impuestos a Vichy por Sauckel: la *relève* (envío de tres trabajadores especializados al Reich a cambio del regreso a Francia de un

¹⁶ Documentación relativa a la solicitud de indemnización de José González (AA, 83414277).

¹⁷ Expediente de José Ben, Servicio de Indemnizaciones a las Víctimas del Nazismo, Düsseldorf.

¹⁸ <https://www.rahmi.fr/collecte-memoire-orale/republicains-espagnols/angel-villar>

¹⁹ «La huella gallega en los campos de concentración», *La Voz de Galicia*, 21.8.2022.

²⁰ Ficha del preso Luis Sánchez en Natzweiler, 1944 (AA, 3226010).

prisionero de guerra) y un Servicio de Trabajo Obligatorio (STO) de dos años de duración para el que podrían ser llamados hombres de 18 a 50 años y mujeres solteras de 21 a 35. Aunque los extranjeros estaban excluidos de estos acuerdos, el régimen de Pétain recurrió a ellos sistemáticamente para cubrir las cada vez más elevadas cuotas de trabajadores impuestas por los ocupantes alemanes (Arnaud 2010: 26-45; Homze 1967: 177-203). Tampoco se libraron los españoles, tanto exiliados como algunos residentes en Francia desde antes de 1936.

Al menos 5000 republicanos españoles en Francia fueron *déportés du travail*²¹. Probablemente no menos de cien eran exiliados gallegos. Ricardo Rodríguez Porto (Ferrol, 1896) era miembro de un GTE en el departamento de Loira cuando fue llevado contra su voluntad al Reich en 1942²². Alfonso Blanco García (O Carballiño, 1914) vivía en Bessières, cerca de Toulouse, y en agosto de 1942 fue reclutado para un transporte probablemente de *rèleve* a la empresa de fabricación de locomotoras Krausse-Maffei AG en Múnich. Luego trabajó en los ferrocarriles (Reichsbahn) en la estación de Neuaubing junto a productores llegados desde España y más tarde fue sastre en el hotel Regina-Palast de Múnich²³. Antiguo emigrante en EE. UU., Recaredo García García (A Coruña, 1897) vivía en Valencia durante la Guerra Civil y se exilió a Mazamet, no lejos de Toulouse. Desde allí emigró a Tubinga en 1943, donde fue cocinero en el Hotel Ochsen hasta el fin de la guerra²⁴. Jesús Álvarez Otero (Ribeira de Piquín, 1909) trabajaba en Sérandon (Corrèze), probablemente en un GTE, cuando en mayo de 1944 fue detenido, internado en el campo de Nexon y desde allí deportado a Ludwigshafen, donde trabajó hasta su liberación en marzo de 1945 en la misma industria química por la que pasaron muchos gallegos venidos desde España y que enseguida conoceremos²⁵. Caso aparte fue el del anarquista y exiliado Manuel Gaciño Calo (Porto do Son, 1912). En octubre de 1941, su carguero panameño que hacía la línea Dublín-Lisboa fue hundido por un submarino alemán en el golfo de Vizcaya. Junto al resto de tripulación, fue enviado a un campo de prisioneros de guerra cerca de Bremen, trasferido después a un campo de trabajo de la

²¹ Se trata de un cálculo aproximado del autor, cruzando diferentes fuentes.

²² Información de Ricardo Rodríguez sobre su periplo como trabajador forzado (AA, 83437170).

²³ Documentación varia sobre Alfonso García (AA, 72319352, 70102677, 70102530).

²⁴ Expediente de solicitud de asistencia de Recaredo García a la OIR, 1950 (AA, 79108440).

²⁵ Documentación relativa a la solicitud de indemnización de Jesús Álvarez (AA, 106342383).

Gestapo y reconvertido en trabajador civil en octubre de 1944. Sobre su paso por el campo de trabajo escribió: «cogí el tifus [...] y llegué a pesar 44 kilos. Un día fui al comandante y le dije que mejor me pegaban un tiro, yo no quería morir allí como un perro» (Hasler 2020: 129).



Fig. 2. Identificación del exiliado Recaredo García García expedida por la Delegación Republicana Española en Múnich de Refugiados y Deportados Políticos en 1946. Arolsen Archives

En comparación con los eslavos deportados desde Polonia y la URSS, que tenían los trabajos más penosos, recibían menos salario y alimentación, no tenían libertad de movimiento y estaban sometidos a un régimen de segregación racial (portaban una identificación cosida a la ropa y la relación íntima con una mujer alemana suponía para ellos la pena de muerte), los STO disfrutaban de una situación casi confortable. Sobre el papel estaban igualados a los obreros alemanes y podían pasar las vacaciones en Francia tras un año de trabajo. Pero en la práctica su situación, como la de todos los extranjeros en el Reich, se fue deteriorando día a día, consecuencia del racionamiento estricto impuesto por la *guerra total*, la gene-

realización de los bombardeos, la creciente dureza de las condiciones laborales, que imponían unos objetivos de producción cada vez mayores, o la hostilidad de una población profundamente xenófoba y racista. A todas estas dificultades se sumó a partir del verano de 1944 la imposibilidad de regresar a Francia por la invasión aliada del país. Los españoles fueron como gotas en ese océano de los STO y su historia, aún por escribir, se funde con la de los compañeros franceses. Sus vivencias estuvieron marcadas por la explotación, la lucha por la supervivencia, la resistencia activa o pasiva, la enfermedad, la muerte por tuberculosis o bombardeos, que segaron la vida de unos 25 000; pero también por algunos aspectos positivos, como el poder contribuir en la distancia al sostenimiento de sus familias en Francia o en España (Arnand 2010).

Para los trabajadores forzados españoles en el Reich, como para los del Muro Atlántico y los GTE, el fin de la Guerra Mundial fue agridulce. Eran por fin hombres libres, pero no podían regresar a su patria. Para Antonio Vázquez, la mera elección sobre a donde ir no debió resultar fácil, después de casi cinco años en Alemania con una estancia en prisión incluida de un par de meses. Tampoco para Recaredo García, que se quedó aún unos años en Tubinga trabajando como cocinero en un campo de refugiados, se divorció de su esposa alemana y al parecer dejó el país. Camino inverso hizo Manuel Gaciño, que tras la liberación se casó con una chica de Bremen y se estableció allí. Con o sin ayuda de la Organización Internacional de Refugiados, algunos emigraron a América: Bernardino Guerra a Chile, José González a Uruguay, José Franco y Emilio Morales a Argentina. La mayoría acabarían radicados en Francia, como hicieron gran parte de los republicanos españoles. Solo unos pocos arriesgaron el pronto regreso a la patria. Fue el caso de Germán Fernández, que desde 1949 vivió una suerte de exilio interior en su aldea de Lugo. Pasados algunos años, otros retornarían igualmente para pasar en Galicia el otoño de sus vidas, caso de Bernardino Guerra o Enrique Chantada, sin esperar más a que Franco se decidiera a morir.

EMIGRACIÓN LABORAL DE GALICIA AL REICH

Entre los trece millones de extranjeros que trabajaron en Alemania durante la Segunda Guerra Mundial se cuenta un pequeño grupo de voluntarios que

emigraron desde países neutrales o amigos como Italia (antes de septiembre de 1943), Suiza, Bulgaria, Eslovaquia y España en el marco de acuerdos bilaterales. La historiografía sobre los trabajadores extranjeros en el Reich considera a estos voluntarios una suerte de aristocracia que gozaba no solo de los mismos derechos y ventajas sociales que los obreros alemanes, sino además del privilegio vetado a estos de entrar y salir del país con total libertad. Pero la literalidad de los acuerdos y la propaganda oficial no se correspondieron en absoluto con la realidad que vivieron los emigrantes, pobres entre los pobres de Europa empujados al ojo del huracán de una Guerra Mundial por unos Gobiernos que los utilizaron como simples fichas en la gran partida geopolítica que se jugaba en el continente.

La emigración asistida desde España al Reich se concibió en el mismo contexto y con los mismos objetivos que la División Azul. Sus impulsores fueron los sectores proalemanes del régimen de Franco, encabezados por el ministro de Exteriores Ramón Serrano Suñer. Ante la perspectiva de que pronto ondease la esvástica en la Plaza Roja, en el verano de 1941 Falange trataba de estrechar la alianza con Berlín para reforzar al propio partido como sector más afín de la dictadura española a la potencia llamada a forjar un *nuevo orden* fascista en Europa. La búsqueda del beneficio político llevó a Serrano Suñer a hacer una enorme concesión a los alemanes en el tema clave de las transferencias de los emigrantes. El dinero que estos girasen a sus familias no se enviaría a España, sino que se ingresaría en un fondo de compensación en Berlín dirigido a amortizar la deuda millonaria de Madrid con Alemania por su ayuda militar durante la Guerra Civil. No habría por tanto remesas y sería el Banco de España el que pagaría a las familias con sus propios fondos unos giros ficticios. El acuerdo de emigración de agosto de 1941 era por tanto un negocio ruinoso para España (lo que, por supuesto, fue ocultado a la opinión pública): cuantos más emigrantes fueran al Reich, más gravoso resultaría para las arcas del Estado. No sorprende así que contase con la oposición de los ministros de Economía y de Hacienda y en general de los sectores del Gobierno contrarios a Falange. La primera experiencia histórica de emigración asistida de España a Alemania estará marcada por una mala estrella (García Pérez 1988: 1037-1044).

A finales de septiembre de 1941, una delegación oficial alemana llegó a Madrid dispuesta a reclutar hasta diciembre un primer contingente de 24 000

productores (50 % en la construcción, 25 % en la minería, 16 % en la metalurgia). El recibimiento no fue el que los alemanes esperaban. La Comisión Interministerial Permanente para el Envío de Trabajadores a Alemania (CIPETA), dependiente de los ministerios de Trabajo y Exteriores, que debía gestionar la aplicación del acuerdo de emigración, existía solo sobre el papel y hasta noviembre el ministro de Hacienda no se decidiría a liberar fondos para hacerla mínimamente operativa. Sin el personal y los recursos necesarios, todo el proceso que llevó al primer envío de emigrantes resultaría una «pesadilla organizativa» (Bowen 2000: 131-132).

En contraste con la prensa de Madrid, la de Galicia apenas informó de las grandes ventajas que supuestamente tenía trabajar en el Reich, ni presentó a los productores como soldados de la economía que contribuían a la victoria del Eje, ni dio especial realce a la salida desde la capital a finales de noviembre del primer convoy despedido por el ministro de Trabajo, Girón de Velasco²⁶. En fin, la misma posibilidad de emigrar a Alemania no debió de parecer a los lectores gallegos algo que realmente fuera con ellos hasta que el 5 de diciembre apareció en prensa un pequeño anuncio que rezaba: «Se pone en conocimiento de todos los que deseen inscribirse, que el Ministerio Español de Trabajo ha concedido permiso para el primer transporte de productores españoles de Galicia con salida en Vigo el 17 del corriente mes»²⁷.

En la organización de ese primer transporte jugaron un papel clave dos figuras destacadas de la colonia alemana de Vigo: Karl Bock, responsable del espionaje militar (*Abwehr*) en Galicia, y Konrad Meyer, jefe en la región del NSDAP (Giraldez Lomba 2014: 204-207). Aprovechando sus contactos en las altas esferas, estos empresarios y agentes nazis se hicieron con la gestión de la contratación de trabajadores gallegos para varias empresas del Reich. Con ese único fin crearon Bock & Meyer, a la que quedarían asignados los emigrantes. El reclutamiento se realizó

²⁶ Las escasas y lacónicas noticias eran por norma crónicas de la agencia Cifra: «Acuerdo sobre el empleo de trabajadores españoles en Alemania», *El Ideal Gallego*, 24.8.1941; «Trabajadores españoles a Alemania» [con foto de jóvenes inscribiéndose en la sede del Sindicato Vertical en Madrid], *El Ideal Gallego*, 14.10.1941; «Seiscientos productores españoles han salido para Alemania», *El Ideal Gallego*, 25.11.1941; «Vanguardia del trabajo español en Alemania», *Faro de Vigo*, 2.12.1941, rompía esa tendencia presentando con encendido verbo a los emigrantes al Reich como camaradas de los voluntarios de la División Azul que luchaban hombro con hombro con los alemanes contra el imperio soviético.

²⁷ «Primer transporte de productores españoles a Alemania», *Faro de Vigo*, 5.12.1941.

a toda prisa. Entre el 10 y el 13 de diciembre los candidatos se inscribieron en la sede del Sindicato Vertical y el 15 los seleccionados firmaron sus contratos. A las 8 de la mañana del miércoles 17 de diciembre de 1941, con asistencia de familiares, del alcalde y del cónsul alemán, partió rumbo al corazón del viejo continente, en irónica expresión de uno de los emigrantes, «la célebre expedición de Vigo, de la llamada firma Bock y Meyer»²⁸.

La de Vigo fue la novena expedición al Reich y con ella se cerró de momento la emigración. Solo en la primavera siguiente, tras repetidas quejas alemanas, Madrid decidió reactivar el reclutamiento. Hasta finales de verano se organizaron otros nueve transportes, el último otra vez desde Vigo. Su preparación fue tan improvisada como la primera. Cuando el convoy partió la mañana del 8 de septiembre de 1942, un grupo de productores ni siquiera había firmado el contrato²⁹. Tuvo que pasar más de medio año hasta que se organizaran otros tres transportes, que serían los últimos. El cambio del curso de la guerra, la dura realidad que encontraron los productores en el Reich y la pérdida definitiva de influencia de Falange trajeron el fin de la emigración en julio de 1943.

En año y medio, la CIPETA envió 10 569 españoles a Alemania, apenas el 10 % de los que Berlín había solicitado. La gran mayoría eran de Andalucía, Madrid y el Levante. Con relación a su población, Huelva fue la provincia que más emigrantes aportó y Barcelona en términos absolutos. Uno de cada tres procedía de estas dos provincias. Con un índice menor de desempleados que la media del país, el norte no se consideró zona preferente de recluta y esta quedó circunscrita a Santander y Vigo. La participación de Galicia en el conjunto de la emigración española al Reich no fue, en todo caso, marginal. El primer transporte de Vigo partió con 288 productores, el segundo con 468. Descontando los 52 rechazados por los alemanes en Hendaya por no tener los papeles en regla o no pasar el examen médico, y añadiendo los gallegos que habrían partido de otras regiones y aquellos que emigraron de manera individual pero asistidos por la CIPETA, los productores gallegos en Alemania no debieron ser menos de 750, casi el 7,5 % del total (Ares Blanco 2010: 723).

²⁸ Emilio Blanco Varela (Mesoiro, 1915) a la CIPETA, 4.1.1943 (AGA, 74/16247). Subrayado en el original.

²⁹ Informe del jefe de la expedición de Vigo a la CIPETA, 25.9.1942 (AGA, 75/2388).

La inmensa mayoría de estos pioneros de la emigración gallega a Europa eran naturales de Vigo y comarca, con especial peso de las parroquias de Lavadores y Teis. Un grupo numeroso procedía de Pontevedra y comarca y de la península del Morrazo. El resto eran de otros *concellos* de Pontevedra y menos del 10 % de las restantes provincias gallegas. Los productores eran por lo general muy jóvenes. Más de la tercera parte no había cumplido los veinte años al abandonar España y hubo casos de muchachos de quince que declararon tener dieciséis, la edad mínima permitida para poder emigrar³⁰. El benjamín fue Edelmiro Vázquez Lorenzo, nacido en 1927 en Pontevedra. Los veteranos no eran, empero, una exigua minoría. Los mayores de treinta representaban casi el 20 % del total y no pocos triplicaban la edad de los menores. El emigrante de más edad fue Lorenzo de la Cruz Gabilondo, nacido en 1887 en Álava y residente en Vigo.

Alrededor del 80 % de los gallegos seleccionados para emigrar a Alemania declararon haber trabajado en la construcción y encontrarse en paro. La mayoría eran peones de albañil y entre los obreros especializados había carpinteros, hormigoneros, ferrallistas y canteros. Muchos habían sido colegas en empresas de construcción como Pernas, Sanjurjo o Máximo Otero, y volverían a serlo de nuevo en el Reich. Era también común que amigos o vecinos se animaran a emigrar juntos, como fue seguramente el caso de un grupo de chavales de Lavadores que falsificaron de forma burda la autorización paterna³¹. Hubo igualmente bastantes casos de emigración en familia. Jesús Goberna Goberna y su hijo Álvaro fueron a Berlín en septiembre de 1942 y no regresaron de manera definitiva a Coruxo hasta pasados más de tres años. Juntos marcharon también, en el primer transporte, Gregorio, Amancio e Ismael Domínguez Guisantes, los tres menores de 18 años, juntos enfermaron en Alemania y juntos regresaron a Vigo en mayo de 1942.

Diez mil españoles se lanzaron a la incierta aventura de trabajar en Alemania en plena Guerra Mundial impulsados básicamente por la pobreza, pero también por la presión de familiares o amigos, el deseo de emular a los héroes del momento (los divisionarios) o la voluntad de limpiar la mancha de un pasado republi-

³⁰ Se trata de un cálculo aproximado realizado por el autor sobre una muestra de más de cien productores. Sus expedientes personales se encuentran en AGA, 74/16247, 74/16248 y 74/16249. En adelante, si no se indica de otra forma, las informaciones sobre los productores proceden de sus expedientes personales.

³¹ Entre ellos Casimiro Abal Darriba (1923), Olimpio Alonso Grobas (1923), Manuel Román Álvarez (1925), Benjamín Nieto Gómez (1923), Enrique Iglesias Cameselle (1923).

cano. Si existió un rasgo diferenciador de los gallegos, este fue la irrelevancia del último factor. Al contrario que valencianos, madrileños, catalanes o murcianos, los gallegos podían presumir de servicios a la Cruzada, muchos como voluntarios, según hacía constar una parte significativa de los candidatos a emigrar. No haber combatido en el bando correcto también contaba una vez pasados los Pirineos, como veremos con los dos productores gallegos represaliados políticos en Alemania, quienes significativamente habían emigrado desde Madrid.

La inmensa mayoría de los emigrantes del primer transporte de Vigo habían firmado contrato con la IG Farben, el gigantesco cartel de las empresas químicas alemanas. Trabajarían como peones de obra seis días a la semana por un salario de 0,62 marcos la hora y podrían quedar liberados del compromiso con la empresa tras el primer año, pudiendo, si lo deseaban, continuar otro más. Un grupo, que no hemos podido cuantificar pero que pudo superar los cien productores, fue enviado a Heydebreck, una villa de la Alta Silesia en la que se construía una planta industrial que produciría carburante sintético a partir del lignito. Otro grupo de similar tamaño fue a la BASF de Ludwigshafen, una compañía con larga tradición dedicada a la producción de derivados sintéticos.

En Heydebreck, los gallegos conocieron una versión radical del compendio de males que acuciaron a buena parte de los productores españoles en el Reich. Trabajar al aire libre a muchos grados bajo cero sin ropa de abrigo adecuada, en jornadas de diez horas, junto a miles de prisioneros de guerra, trabajadores forzados del este y judíos, y enfrentándose tres veces al día a un menú alemán, era más de lo que la mayoría estaban preparados para soportar (Hörner 2010: 160-162; Ares Blanco 2010: 301). Ignoramos los detalles de aquella odisea invernal en los límites orientales del Reich, pero no sus consecuencias. Desde enero de 1942 se produjo un goteo constante de repatriaciones de gallegos enfermos, que en mayo superaba ya el medio centenar³². Para poner fin al desastre, la delegación de la CIPETA en Berlín logró la cancelación de los contratos con la IG Farben y el traslado de los productores (Ares Blanco 2010: 303). Algunos fueron a siderúrgicas del Ruhr, donde en abril murió de tuberculosis Ricardo Gallego Alonso (Pontevedra, 1923), probablemente el primer productor gallego fallecido en Alemania³³.

³² Listas de trabajadores devueltos por Alemania, 1942 (AGA, 75/23388, 75/23396).

³³ Certificado de defunción de Ricardo Gallego, Registro Civil de Gladbeck, 25.3.1949 (AA, 76743708).

PERSONENBESCHREIBUNG	
Staatsangehörigkeit:	<i>Spanien</i>
Beruf:	<i>Arbeiter</i>
Geburtsort:	<i>Vigo</i>
Geburtsdatum:	<i>16. Dezember 1911</i>
Wohnort oder Aufenthaltsort:	Ludwigshafen a. Rh.
Größe:	<i>168 cm</i>
Gesicht:	<i>rund</i>
Farbe der Augen:	<i>braun</i>
Farbe des Haars:	<i>braun</i>
Besondere Kennzeichen:	<i>keine</i>
Nr. 63521 P/43	


Unterschrift des Inhabers
Nr. 63521 P/43

Fig. 3. Pasaporte provisional para extranjeros residentes en el Reich de Serapio Hernández de la Iglesia (Vigo, 1922), trabajador de la IG Farben de Ludwigshafen. Arolsen Archives

La mayoría de veteranos de Heydebreck recalaron en la gigantesca planta de la BASF de Ludwigshafen, a orillas del Rin, donde trabajarían junto a los gallegos que allí estaban desde la Navidad de 1941. Su nuevo hogar era el Lager III, uno de los seis campos de barracas que acogían a más de 10 000 obreros extranjeros, apenas un tercio del total (Scharf 2004: 80). Aunque su situación era relativamente buena, sobre todo comparada con la de los andaluces en las cercanas minas del Sarre y de Lorena, el malestar entre los gallegos y otros españoles de la BASF era generalizado. Se sentían engañados por no ver cumplido el compromiso de que estarían igualados en todo a los alemanes, y por tener que soportar peores tareas y salarios que ellos. Abusivos les parecían además los descuentos por viaje, ropa, comida o habitación, que mermaban hasta un 25 % la nómina. En fin, lejos de recibir las atenciones que creían merecer como nacionales de un país amigo del Reich, se sentían tan mal tratados como los «pueblos semiprisioneros» del este de Europa que eran ahora sus compañeros

de trabajo³⁴. La decepción y el orgullo herido, más que la dureza real del trato, alimentaron actitudes hostiles y absentismo laboral. Carlos Nogueira Blanco (Vigo, 1923) y Antonio Fernández Sousa (Vigo, 1923), recién llegados de Heydebreck, lo pagarían con un par de meses de «reeducación» en un campo de las SS³⁵.

La Reichsbahn de Berlín y de nuevo la BASF de Ludwigshafen fueron los destinos principales de los productores gallegos del transporte de septiembre de 1942. Algunos probaban suerte de nuevo en Alemania, tras haber sido devueltos a Galicia por enfermedad. Fue el caso de Benito Naveira Santos (Baiona, 1919), cuya decisión de regresar al Reich tendría para él trágicas consecuencias. También volvían a Alemania, reconvertidos en productores, algunos excombatientes de la División Azul, como Belarmino Fraga Padín (Bueu, 1914), Manuel Lustres Riobó (Bueu, 1914) y Eugenio Martínez Iglesias (Bueu, 1912), los tres con destino a los ferrocarriles en Berlín.

En el otoño de 1942, la colonia de productores gallegos en Alemania alcanzó su cifra más alta, con unos seiscientos hombres. Para casi otros tantos hogares en la lejana Galicia, sus giros mensuales de 250 a 500 pesetas de media se habían convertido ya en una parte importante, y en muchos casos fundamental, de la economía familiar. Cuando por algún motivo el emigrante dejaba de enviar dinero, los padres o la esposa se dirigían angustiados a la CIPETA pidiendo que se le conminara a cumplir con su deber y no les dejase caer en la indigencia³⁶. Para otras familias, los giros no compensaban, sin embargo, el dolor de la ausencia del ser querido y el miedo a que sufriera algún mal, pues «lo que no pasa en un año puede suceder en una hora fatídica»³⁷. Varios padres y esposas reclamaron

³⁴ Informes de la CIPETA sobre las condiciones de los productores españoles en la región suroccidental del Reich, febrero 1943 (AGA, 75/23396).

³⁵ Expedientes de ambos internos en el SS-Sonderlager Hinzert (AA, 455464 y 451780).

³⁶ Marciala Comesaña comunica a la CIPETA el 26.1.1943 que su marido Juan Estévez Rodríguez (Vigo, 1900) le escribió en su última carta «que perdiera no sé qué documento y que no podía girar, como esto me parece una trama para embaucarme, es por lo que me atrevo a molestar a Vd. a fin de saber lo que haya de cierto, si él se guarda el dinero o cómo es, puesto que tengo cinco hijos menores que mantener» (AGA, 74/16247); la Organización Sindical en Vigo escribe el 30.4.1943 a la CIPETA informando de que la madre del productor Carlos Arias Conde (Vigo, 1922) se queja de que no recibe dinero de su hijo (AGA, 74/16247).

³⁷ Alfredo González, padre del productor Indalecio González Sánchez (Lougares, Mondariz, 1913), a la CIPETA, 28.5.1945 (AGA, 74/16248).

desesperados el regreso del hijo o marido, argumentando que había falsificado la autorización para emigrar, que urgía su presencia por alguna desgracia en la familia o que el chico debía cumplir el servicio militar. Estas peticiones crecieron en los días que siguieron al desembarco de Normandía, un indicio claro de que los familiares seguían de cerca el curso de la guerra y eran muy conscientes del peligro que los suyos corrían (Martín Curty 2017: 529-538).

En contraste con los divisionarios en Rusia, merecedores de reportajes, homenajes, misas y colectas, los productores en Alemania no tuvieron casi presencia en el espacio público español. Si, pese a ello, las familias conocían su dura realidad era gracias básicamente a lo que contaban de viva voz los repatriados por enfermedad o accidente, los retornados tras el primer año de contrato o los que disfrutaban de sus vacaciones en casa. Fue así, a través de compañeros de la Reichsbahn en Berlín que pasaban las Navidades de 1943 en Vigo, como el padre de Ernesto Martínez Méndez (Vigo, 1913) supo de la detención de su hijo seis meses antes. Con certeza fueron también compañeros de trabajo los que llevaron a España la noticia de la detención por motivos políticos de los productores Emilio Rodríguez Pérez (A Coruña, 1913), quien sobreviviría a más de tres años de cautiverio en Buchenwald y Dachau; y de Antonio González Vázquez (Barroso, Ourense, 1918), que pasó por Natzweiler, Bergen-Belsen, Flossenbürg y Sachsenhausen, donde seguramente falleció³⁸.

El esfuerzo y el dispendio que suponían a los productores cruzar media Europa en tren durante varios días para estar con los suyos apenas un par de semanas tenían una compensación no solo afectiva. En el viaje de vuelta, las maletas solían ir cargadas de café, tabaco, licor y otros productos racionados en Alemania que se podían colocar en el mercado negro a precios muy elevados. Ante el juez de Potsdam que le condenaría a cinco meses de prisión a finales de 1943, Evaristo Manso Domínguez (Xinzo de Limia, 1915) reconoció que había intentado vender a un dentista de Rathenow un kilo de café por 400 marcos y dos botellas de coñac por 180³⁹. Para muchos productores españoles, cuyo salario mensual raramente supe-

³⁸ La inacción de la CIPETA para lograr su liberación abona la tesis de que fueron abandonados a su suerte por su pasado republicano, confirmado en el caso de Emilio Rodríguez. Fichas de ambos internos (AA, 3244242 y 6936463) (<https://deportadosasturianos.blogspot.com/2021/06/emilio-rodriguez-perez.html>).

³⁹ Actas del juicio a Evaristo Manso Domínguez en el *Amtsgericht* de Potsdam, 1943 (AA, 12112889).

raba los 250 marcos (poco más de 1000 pts.), el estraperlo se convirtió en una fuente de ingresos relevante, en ciertos casos incluso la principal. En vano trataría la CIPETA de acabar con un negocio ilegal que se traducía en voluminosos giros a las familias, los cuales tenían que ser abonados con fondos del Banco de España (García Pérez 1988: 1053).

El grave empeoramiento de la situación general de los trabajadores extranjeros en Alemania a partir de 1943 tuvo su reflejo más trágico para los productores gallegos en un rosario de muertes que no se frenaría ya hasta el fin de la guerra. Durante ese año perdieron la vida al menos siete: Claudio Abal Fernández (Pontevedra, 1924); Eduardo Fernández Rodríguez (Vigo, 1915); Enrique Fernández García (Vigo, 1917); Tadeo González Pérez (Ourense, 1911)⁴⁰, de tuberculosis; Jesús González Álvarez (Vigo, 1920), en un bombardeo; Vicente Martínez Rodríguez (Vigo, 1919), muerto por emigrantes franceses, y Antonio Loureiro Sousa (Vigo, 1920), por causa desconocida. Ante aquel negro panorama, la delegación de la CIPETA en Berlín defendió ya en septiembre de 1943 la salida masiva de los emigrantes de Alemania pues, especialmente a causa de los bombardeos, «cada día puede esperarse una catástrofe de proporciones muy considerables», lo que supondría «un trágico y triste problema para el Estado, si la desgracia cayese sobre numerosos productores casados»⁴¹, en referencia a las indemnizaciones que habrían de pagarse a las familias (Heine 2006: 23). En los meses siguientes, y en paralelo a la retirada de la División Azul, las autoridades españolas tomaron algunas medidas para promover el retorno de parte de los 8000 productores que seguían en el Reich, como la llamada a filas, la retirada del pasaporte cuando estaban de vacaciones en España o la repatriación de los que habían cumplido su contrato (García Pérez 1988: 1054).

Una parte significativa de los emigrantes, sin embargo, no pudo regresar por estar aún en vigor su contrato o bien prefirió asumir el riesgo de quedarse en Alemania y seguir sosteniendo desde allí a su familia en España. En busca de mejores empleos y salarios que permitieran enviar la mayor cantidad posible de dinero a casa, algunos cambiaron de empresa y de región, un privilegio vetado a la inmen-

⁴⁰ Certificado de defunción emitido por el Registro Civil de Leipzig (AA, 77129565). Está por aclarar si Tadeo González era productor llegado de España o exiliado llegado de Francia.

⁴¹ Delegación de la CIPETA en Berlín a la central, 3.9.1943 (AGA, 75/23396).

sa mayoría de trabajadores extranjeros. Así hicieron gran parte de los gallegos de la BASF desde finales de 1943 tras sufrir la planta varios bombardeos con decenas de muertos (Scharf 2004: 63)⁴². Siguiendo la tendencia general entre los españoles de alejarse de las zonas más expuestas a los ataques aliados, muchos fueron a Berlín y trabajaron en la Reichsbahn en labores de carga y descarga o bien en alguna de las muchas empresas de armamento en torno a la capital. Otros se quedaron en la región suroeste y encontraron trabajo en los más diversos sectores, desde la construcción hasta la repostería. Otros, en fin, no llegarían a la docena, se enrolaron en la OT y trabajaron fuera del Reich, lo que la CIPETA prohibía terminantemente por su peligrosidad. Fernando Salgado y Manuel Miguélez (ambos Vigo, 1924) fueron a las obras del Muro Atlántico en Noruega. José Martínez Rodal (Cangas, 1912) acabó en Bielorrusia, donde el 1 de enero de 1944 fue capturado por partisanos y ejecutado poco después junto a varios compañeros. A sus padres, la OT les animó a buscar consuelo en el pensamiento de que el hijo había entregado su vida «en la lucha contra el bolchevismo y para la libertad de Europa»⁴³. Al menos otros tres productores gallegos fallecerían aquel año en Alemania: Joaquín Rey Beiro (?; 1898), posiblemente en accidente laboral, Aurelio Rey Agra (Cotobade, 1923), en un bombardeo, y Ernesto Martínez Méndez, de tuberculosis en la cárcel.

Ni siquiera el Día D y la certeza de que la guerra estaba perdida para Alemania disuadieron a 3000 productores españoles de continuar en el país (Rodríguez Jiménez 2002: 186). Unos 250 de aquellos irreductibles eran gallegos, el 75 % llegados en el segundo transporte de Vigo⁴⁴. Muchos firmaron en el verano de 1944 una prolongación de su contrato por medio año a partir de septiembre, con la condición de poder disfrutar de forma inmediata de unas semanas de vacaciones. Sorprendentemente, algunos decidieron pasarlas en Galicia, afrontando la temeridad de cruzar Francia, donde se combatía ya de norte a sur. Pedro Álvarez

⁴² En total murieron casi 300 trabajadores extranjeros de la BASF por bombardeos desde septiembre de 1943 a enero de 1945.

⁴³ Inspector general para caminos de la OT a los padres de José Martínez, 5.2.1944 (AGA, 74/16249). Se informaba de que los partisanos habían asaltado el puesto de la OT en Bessolowo y habían fusilado a los que tomaron presos en Sucharego. Podría tratarse de la región en torno a Minsk.

⁴⁴ A fecha 31 de octubre de 1944 había 2877 productores españoles en Alemania. De ellos, 59 eran del primer transporte de Vigo y 182 del segundo.

Rodríguez (Monforte, 1898) estuvo un mes con la familia y se reincorporó sin problemas a su trabajo en la Sanger & Lenninger en Baden a mediados de agosto. Distinta suerte corri3 un grupo de compañeros de la Reichsbahn que parti3 de Berlín días más tarde. Cerca de Lyon fueron sorprendidos por la Resistencia y se dispersaron. El exdivisionario Manuel Lustres Riob3 fue probablemente asesinado⁴⁵, Alfredo Fernandez Beleiro (Caedo, 1907) vag3 cinco meses por el Midi hasta que pudo pasar la frontera de Irn, mientras que Jos3 Bastos Fernandez y su hijo Edmundo Bastos Costas (Vigo, 1900 y 1925) llegaron en unas semanas a Lavadores, desde donde escribieron a la CIPETA pidiendo ayuda como «unos de los pocos supervivientes que hemos atravesado la Francia a pie y hemos perdido todo el equipaje por culpa de los maquis franceses y de los rojos españoles»⁴⁶.

En los últimos meses de la guerra, miles de extranjeros trataban de sobrevivir en la capital del Reich tras haber perdido el empleo por la destrucci3n de sus fábricas y empresas a causa de los bombardeos aliados. El robo y el estraperlo fueron para ellos salidas tan socorridas como peligrosas. En diciembre de



Fig. 4. Manuel María Fontán Bouz3n emigr3 a Berlín en 1942 y visit3 un año más tarde a la familia en Pazos de Borb3n. Su hermana Adelina recuerda que «trouxera uns bolios de pan branco, que aquí nunca probara (aquí facase pan de millo). Tam3n trouxera de agasalho unha flor pequenia que brillaba na escuridade». Falleci3 con veinte años en Münch durante un bombardeo aliado. Foto y testimonio de Adelina Fontán Bouz3n, transmitidos al autor por su hija Mercedes Míguez Fontán

⁴⁵ Su esposa Rosa P3rez Sobreira supo del asalto en Francia, sin duda por compañeros del marido. Pidi3 raz3n de 3l a la CIPETA, sin obtener respuesta positiva. En 1977, solicit3 a los juzgados de Pontevedra la declaraci3n oficial de fallecimiento de su esposo. Rosa P3rez a la CIPETA y respuesta de esta, 2.6.1945 y 13.6.1945 (AGA, 74/16248) (<https://www.boe.es/boe/dias/1977/12/07/pdfs/A26921-26927.pdf>).

⁴⁶ Jos3 Bastos y Edmundo Bastos a la CIPETA, 24.11.1944 (AGA, 74/16247).

1944, un tribunal especial de Berlín sentenció a muerte a veinticinco productores españoles, de ellos siete gallegos, por pertenencia a una banda dirigida por una mujer alemana dedicada al pillaje en casas bombardeadas⁴⁷. En contra de lo que un autor ha sostenido (Rodríguez Jiménez 2002: 187) y otros han repetido, las peticiones de clemencia de las autoridades españolas fueron atendidas por las alemanas, y los reos acabarían siendo liberados de la cárcel de Brandemburgo por el Ejército Rojo⁴⁸. Ante el imparable avance aliado por el este y el oeste de Alemania, la mayoría de los españoles que aún seguían en Berlín se dirigieron al sur en dirección a la frontera suiza. Atrás quedaron algunos enfermos como Manuel Castro Trabazo (Marín, 1924) y Joaquín Fernández Montenegro (Pontevedra, 1923), que fallecerían de tuberculosis en las semanas siguientes⁴⁹. En fin, unos pocos productores españoles se resistieron a abandonar Berlín y, empujados por la inconsciencia o el fanatismo, se alistaron en las Waffen SS, como hicieron ya en 1943 Wifredo Lahuerta Fontán (Valencia, 1925)⁵⁰ y Ramón Martínez Martínez (Vigo, 1919)⁵¹. No tenemos constancia de que en los últimos meses de la guerra algún gallego siguiera el ejemplo de estos dos paisanos. Ni el ardor guerrero que pudieran haber forjado en la Guerra Civil, ni la propaganda alemana que llamaba

⁴⁷ Los gallegos eran José Campos Pérez (Vigo, 1925), Joaquín Fernández Montenegro (Pontevedra, 1923), Castor Ferreiro Ferreiro (Vilagarcía, 1913), Celestino Pavón Fernández (Moraña, 1924), Darío Pérez González (Vigo, 1924), Francisco Santos Santos (Caldas de Reis, 1924) y Edelmiro Vázquez Lorenzo (Pontevedra, 1927). Acta del proceso en el Sondergericht IV de Berlín contra Edeltraut C. Sasse y otros cincuenta acusados (AA, 12113367).

⁴⁸ Queda por aclarar el destino final de este grupo. Sabemos que Joaquín Fernández falleció en un hospital de Berlín en junio de 1945. Un año más tarde, también desde un hospital de Berlín-Moabit, José Campos escribió a su familia en Lavadores y desde entonces no se supo más de él (AA, 99885054).

⁴⁹ Es posible que la noticia de la muerte de algunos de los gallegos fallecidos en los últimos y caóticos meses de la guerra nunca llegara a las familias. La Cruz Roja Internacional dio a Manuel Castro por italiano de Pontedera, en la Toscana, donde buscó a los suyos inútilmente durante años (AA, 100288598).

⁵⁰ Wifredo Lahuerta vivía con su madre y sus hermanos en Vigo cuando a los dieciséis años decidió ir en busca de aventuras a Alemania. Emigró en el segundo transporte de septiembre de 1942 y, por cuanto parece, entró en la OT y desde allí se pasó a las Waffen SS. Fue hecho prisionero en la Bolsa de Curlandia en mayo de 1945, estuvo tres años en un campo de prisioneros de guerra soviético, vivió otros siete en la URSS y fue repatriado por barco junto con otros compatriotas en el verano de 1957. Emigró luego a Ludwigshafen y trabajó unos cinco años en la BASF como administrativo antes de regresar definitivamente a España. Conversación del autor con su hijo, Norberto Lahuerta, 3.9.2021.

⁵¹ Ramón Martínez fue preso en la Bolsa de Curlandia en enero de 1945 y pasó un tiempo en un campo de prisioneros soviético. De vuelta a Vigo escribía que había «perdido la dentadura y deformación completa de mi rostro por los golpes recibidos». Ramón Martínez a la CIPETA, 23.4.1946 (AGA, 74/16249).

a inmolarse para salvar la civilización europea, ni las desquiciadas soflamas antisoviéticas de *Enlace*, la revista para los productores españoles en Alemania dirigida en su último periodo por un fanático jesuita nacionalista vasco (Núñez Seixas 2016b: 267-289), vencieron al sentido común y al puro instinto de supervivencia que empujaban a los emigrantes españoles a escapar de la ratonera en la que se estaba convirtiendo la capital del Reich.

En el invierno de 1945, centenares de productores se fueron concentrando en el sur de Alemania a la espera de que las autoridades franquistas organizaran su repatriación. Pero ni siquiera allí estaban seguros. A las tres de la tarde del 25 de febrero, un grupo de compañeros de la Reichsbahn de Berlín recién llegados a Múnich fue sorprendido por el terrible bombardeo aliado sobre la ciudad. Nueve murieron en la Orleansplatz, frente a la estación central. Cuatro de ellos eran gallegos: Argentino Alfonso Sanroman (Baiona, 1914), Manuel María Fontán Bouzón (Pazos de Borbén, 1924), Manuel Fontán Sestelo (Salceda, 1915) y Manuel Goris Fernández (Poio, 1911)⁵². También desde Berlín, donde trabajaba en el hotel Excelsior, el baionés Benito Naveira se dirigió hacia Baviera y, por motivos que desconocemos, acabó en el campo de Dachau, donde murió de tuberculosis semanas después de la liberación⁵³.

Tras semanas de negociaciones, a finales de abril Suiza autorizó la entrada en el país de varios centenares de españoles, la mayoría productores, pero también familias con niños y algunos exsoldados de la Wehrmacht o las Waffen SS camuflados de obreros, como el gallego Pedro Portela Ovalle. El intento de repatriación de esos productores sería el penúltimo episodio infeliz de la malhadada emigración asistida al Reich. Instalados en un campamento en las afueras de Ginebra, los refugiados «franquistas» fueron señalados por la prensa de izquierdas como colaboradores del nazismo en fuga y acabaron así en el punto de mira de la Resistencia. Cuando el convoy con 480 españoles entró en la estación de Chambéry en

⁵² Lista de españoles fallecidos en Múnich durante la guerra, Registro Civil de Múnich, 4.9.1947 (AA, 70102312); expediente personal de Manuel Goris (AGA, 74/23388).

⁵³ Lista de españoles fallecidos en el campo de concentración de Dachau, Registro Civil de Dachau, 15.8.1946 (AA, 69865990). Consultado por el autor, el Memorial de Dachau no puede concluir si Benito Naveira entró como prisionero en las caóticas jornadas que precedieron a la liberación del campo de concentración, cuando ya no se registraba a los nuevos internos, o si su llegada se produjo tras el fin de la guerra, cuando Dachau fue reconvertido en un campo para personas desplazadas. En todo caso, se inclina por la segunda opción.

la tarde del 15 de junio, una masa de franceses y algunos exiliados republicanos tomaron los vagones ante la pasividad de los gendarmes. Al no poder identificar a excombatientes a los que linchar, los asaltantes apalearon y acuchillaron por doquier, dejando al parecer tres muertos y decenas de heridos. Humillados, magullados y desvalijados, los españoles regresaron a Suiza, mientras en Madrid el Gobierno trataba de sacar partido de la situación con una campaña de prensa que presentaba a las víctimas del «incidente de Chambéry» como espejo de una España maltratada por los países vencedores de la guerra. Finalmente, el retorno de los productores que seguían en Suiza y en Alemania se organizaría en grupos, sobre todo vía Italia, hasta 1946. En los años siguientes, aún se produjeron retornos a cuentagotas (Rodríguez Jiménez 2002: 221-230).

UN LEGADO DE SILENCIO

Como parte de su ofensiva diplomática dirigida a sobrevivir a la debacle del fascismo en Europa, el régimen de Franco hizo cuanto pudo por camuflar la estrecha amistad que le había unido al régimen de Hitler desde los tiempos de la Guerra Civil. Ese silencio oficial sobre la alianza hispano-alemana borró definitivamente del espacio público a los ya de por sí poco visibles trabajadores enviados al Reich como parte de la contribución del franquismo al esfuerzo de guerra de la Alemania nazi. Al contrario que los soldados de la División Azul, que en el contexto de la Guerra Fría aún pudieron reciclarse para el consumo interno español como pioneros del actualísimo combate que Occidente libraba contra el comunismo internacional, los sufridos emigrantes al Reich no ofrecían al franquismo nada que pudiera ser aprovechado para el autobombo y que mereciera ser rescatado por su aparato de propaganda. Haber llevado a aquellos productores al celuloide, a las revistas ilustradas o al callejero de ciudades y villas españolas hubiera significado una vuelta más de tuerca a la impúdica explotación política que el régimen hizo de ellos desde el primer momento. En vista de cual hubiera sido la alternativa, bien puede considerarse la losa del silencio que la dictadura colocó sobre los emigrantes al Reich como un involuntario acto de respeto hacia su memoria.

Con ello no quedaron, sin embargo, canceladas las responsabilidades del Estado español para con los emigrantes que habían sufrido algún perjuicio durante su tiempo en Alemania. Especialmente con los que allí dejaron su vida, entre ellos, al menos, veinte gallegos⁵⁴. El Gobierno actuó con sumo sigilo en estos casos para evitar que trascendieran a la opinión pública y para prevenir posibles reclamaciones de las familias. Cuando la CIPETA tenía conocimiento de la muerte de un emigrante gallego, encargaba al jefe del Servicio Provincial de Estadística y Colocación de la Organización Sindical en Vigo, César López Cabanal, que lo notificara personalmente a la familia. Manuel María Fontán era huérfano cuando murió en Múnich en febrero de 1945. Sus hermanos Adelina y Pedro no recibieron entonces una notificación formal del fallecimiento. Cuando Adelina alcanzó la mayoría de edad, el cura y la maestra de Borbén, que hasta entonces habían sido sus tutores legales, le entregaron la pequeña indemnización del Estado por la muerte del hermano. Todo ello sin que tampoco mediara ningún documento oficial. Solo a petición propia, Adelina consiguió tras el año 2000 el certificado de defunción de Manuel María expedido por el Registro Civil de Múnich y la indicación exacta de donde fue enterrado⁵⁵. Ni Adelina ni el resto de familiares de los productores muertos en bombardeo en el Reich recibieron nunca una indemnización de Alemania. Para ello hubiera sido preciso que el régimen de Franco hubiese accedido a la repetida oferta del Gobierno alemán de firmar un acuerdo de recíproca compensación a las víctimas civiles de conflictos bélicos. Por ahorrarse indemnizar a los ciudadanos alemanes cuyas propiedades fueron afectadas por los combates de la Guerra Civil, el Gobierno español dejó sin indemnización alemana a los familiares de los productores muertos por efecto de los bombardeos aliados.

El régimen tuvo también que lidiar con las más variadas reivindicaciones de emigrantes que se habían quedado en Alemania hasta el final de la guerra, como las expuestas por Cándido González Fernández (Tui, 1913) en un largo escrito dirigido a la CIPETA a finales de 1945. Cándido había perdido valiosas pertenencias en Chambéry y, además, durante los siete meses de tortuoso periplo entre

⁵⁴ Los nombres de los emigrantes gallegos fallecidos que hemos presentado en este texto no proceden únicamente de la CIPETA, sino también de diversas fuentes alemanas. La Administración española no parece haberse preocupado por llevar un recuento de los productores que perdieron la vida en Alemania.

⁵⁵ Información de Adelina Fontán transmitida al autor por su hija Mercedes Míguez, 26.8.2021.

Suiza y Galicia, había estado en paro forzoso, por lo que no pudo enviar dinero a su mujer y sus cuatro hijos, que solo lograron tirar adelante con préstamos de los vecinos. Así las cosas, «el recurrente al reintegrarse a su hogar se encuentra en serios problemas económicos tales como no tener ropas para vestirse, no encontrar trabajo y tener que pagar a sus acreedores una respetable cantidad de dinero». Por todo ello pedía al Estado que le abonara tanto lo perdido como lo dejado de ganar, argumentando que «esto no es más que cumplir las bases que el recurrente firmó [...] antes de su partida para Alemania como productor»⁵⁶. Rígido en la defensa de sus intereses, el Estado español negó a Cándido y a cuantos presentaron reclamaciones similares cualquier tipo de compensación por los daños causados y apenas les pidió paciencia a que algún día Francia aceptase indemnizar a los damnificados por el «incidente de Chambéry». Tuvo que pasar una década hasta que estas indemnizaciones francesas se hicieran realidad.

Más exitosa pero también mucho más sufrida fue la reivindicación de los antiguos trabajadores forzados españoles del III Reich para obtener una compensación por los daños sufridos a manos de los nazis. En 1956, la República Federal de Alemania (RFA) aprobó la Ley de indemnización a las víctimas del nazismo, que preveía una compensación económica para aquellas personas que hubieran sido perseguidas por las autoridades alemanas entre 1933 y 1945 a causa de su raza, religión o ideología política. En los años siguientes, unos 20 000 españoles presentaron su solicitud a una indemnización alemana. Menos de la mitad eran deportados a los campos de concentración o familiares de los que allí fallecieron y el resto eran antiguos trabajadores forzados. El Servicio de Indemnizaciones dio respuesta positiva a la reclamación de los deportados y sus parientes por tratarse claramente de perseguidos políticos. Pero no hizo lo propio con los trabajadores. Con el conocimiento histórico de entonces, que no difería mucho de la propaganda nazi, el Servicio de Indemnizaciones argumentó que los extranjeros habían sido obligados a servir a la economía de guerra alemana no como una forma de represión política, sino por mera necesidad económica y que el trato recibido había sido correcto. Asesorados por abogados, los exiliados españoles acudieron entonces en masa a la Justicia alemana, sosteniendo que ellos habían sido tratados mucho peor que otros trabajadores extranjeros y que eso se debía a

⁵⁶ Cándido González a la CIPETA y respuesta de esta, 12.12.1945 y 8.1.1946 (AGA, 74/16248).

que fueron considerados por las autoridades alemanas como enemigos políticos (Muñoz Sánchez 2021).

Para determinar quién tenía razón, el Tribunal Regional de Colonia solicitó informes a la Administración francesa y alemana sobre las condiciones de vida de los *Rotspanier*, sobre todo los del Muro Atlántico. También envió cuestionarios a los demandantes, como José Ben, que desde Toulouse respondió a una de las preguntas de manera tajante: como refugiados políticos y nacionales de un país neutral en la guerra, los exiliados españoles en Francia no podían ser obligados a servir a un país extranjero; al enviarlos al Muro Atlántico contra su voluntad, encerrarlos en campos y obligarlos a trabajar en condiciones extremas y bajo continuos bombardeos aliados, los alemanes habían violado el Derecho internacional y debían pagar por ello⁵⁷. La Justicia hizo caso omiso a estos argumentos y dio la razón al Servicio de Indemnizaciones. En lugar de resignarse, los españoles acudieron al Tribunal Superior de Justicia de Colonia. A partir de 1962, toda una sección del Tribunal se ocupó del caso de los *Rotspanier*. Para conocer con precisión la forma en la que las autoridades de ocupación alemanas en Francia habían tratado a los refugiados españoles, el juez impulsó una profunda investigación. Recopiló documentación en archivos y agencias de varios países, requirió informes a historiadores y reclamó la presencia de centenares de testigos. Ante el juez testificaron antiguos miembros de las SS y la Gestapo, soldados, técnicos, ingenieros, empresarios de la construcción y hasta promitentes nazis como el ministro Albert Speer. Presentaron también su testimonio los exiliados españoles, que narraron sus vidas en los campos de trabajo de la costa atlántica y, en algunos casos, aportaron atestados médicos que certificaban las secuelas físicas provocadas por aquella desgraciada experiencia (Muñoz Sánchez 2021).

Tras una larguísima instrucción, en 1970 los jueces dictaminaron que los *Rotspanier* habían sido vistos por el III Reich como enemigos ideológicos potencialmente peligrosos. Por ese motivo, las autoridades de ocupación en Francia les habían dado un trato especialmente duro, similar al que reservaban a judíos y prisioneros de guerra soviéticos. La decisión de pagar pensiones a los antiguos soldados de la División Azul no había significado un esfuerzo para la RFA, que

⁵⁷ Declaración por exhorto de José Ben ante el comisario jefe de Toulouse a petición del Tribunal Superior de Justicia de Colonia, 21.1.1963, Servicio de Indemnizaciones a las Víctimas del Nazismo, Düsseldorf.

lo vio como una inversión, una forma de lubricar las relaciones con el franquismo y abrir así las puertas en España a las inversiones alemanas. Por el contrario, la idea de tener que entregar decenas de millones de marcos del erario público a los viejos y olvidados exiliados de la Guerra Civil provocó malestar al Gobierno alemán, que decidió recurrir las sentencias favorables a los españoles ante el Tribunal Superior de Justicia de Karlsruhe. Al final triunfó la verdad y los *Rotsparnier* convertidos en semiesclavos por el III Reich fueron oficialmente reconocidos por la democracia alemana como víctimas del nazismo por motivos políticos y compensados por ello económicamente. De esta forma, los antifascistas españoles se convirtieron en los primeros trabajadores forzados del nazismo indemnizados por la RFA. Tuvieron que pasar más de veinte años y la caída del Muro de Berlín para que la gran masa de trabajadores forzados del régimen de Hitler, procedentes de los países del este, fueran también indemnizados.

Cuando en 1972 los antiguos trabajadores forzados españoles del III Reich consiguieron tras un largo combate judicial ser reconocidos como víctimas del nazismo, la sociedad europea seguía inmersa en un espeso silencio en torno a la gigantesca tragedia provocada por la todavía reciente Segunda Guerra Mundial. No sorprende por ello que aquella lucha quiijotesca de los veteranos exiliados republicanos contra la Administración alemana pasara desapercibida para el conjunto de la opinión pública. Cuando años más tarde se despertó el interés por las víctimas de los nazis, el foco se dirigió a los judíos. Solo gracias al empeño de colectivos como los homosexuales o los gitanos se consiguió poco a poco que se reconociera también a otros grupos perseguidos por la dictadura de Hitler. Esta reivindicación no existió, sin embargo, en el caso de los antiguos trabajadores forzados españoles, ya por entonces ancianos y desorganizados. Para que se hubiera recuperado la memoria de estos perseguidos políticos, ya años atrás reconocidos como víctimas del nazismo, hubiera sido necesaria la implicación de la democracia española, resurgida tras la larga noche del franquismo. Pero justamente por haberse forjado durante la Transición un «pacto de silencio» sobre las variadas desgracias patrias de nuestra reciente historia, la España constitucional no reivindicó la memoria de sus exiliados condenados a trabajos forzados. Aunque de manera muy tímida, este silencio comienza hoy a romperse.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALFF, Wilhelm (1966): «Die republikanischen spanischen Flüchtlinge (“Rotspanier”)», en *Gutachten des Instituts für Zeitgeschichte*, II, Stuttgart, DVA, 264-292.
- ARES BLANCO, José Manuel (2010): *Los trabajadores españoles en Alemania (1941-1945)*, Madrid, tesis doctoral Universidad CEU.
- ARNAUD, Patrice (2010): *Les STO. Histoire des Français requis en Allemagne nazie, 1942-1945*, Paris, CNRS.
- BARROSO, Victoriano (2014): *En nombre de la libertad. Páginas de mi diario de guerra y exilio (1936-1945)*, Madrid, Sílex.
- BOWEN, Wayne H. (2000): *Spaniards and Nazi Germany: Collaboration in the New Order*, Columbia, University of Missouri Press.
- CONSELLO DA CULTURA GALEGA (2001): *Repertorio biobibliográfico do exilio galego. Unha primeira achega*, Santiago de Compostela.
- DICK, Charles (2020): *Builders of the Third Reich: The Organisation Todt and Nazi Forced Labour*, London / New York, Bloomsbury Academic.
- DREYFUS-ARMAND, Geneviève (1999): *Exil des republicains espagnols en France. De la Guerre civile à la mort de Franco*, Paris, Albin Michel.
- GAIDA, Peter (2016a): “*Les étrangers en surnombre*”. *Les Groupements de travailleurs étrangers (GTE) sous le régime de Vichy*, s.l., Lulu.
- GAIDA, Peter (2016b): *L’Organisation Todt en France*, s.l., Lulu.
- GARCÍA PÉREZ, Rafael (1988): «El envío de trabajadores españoles a Alemania durante la segunda guerra mundial», *Hispania*, XLVIII:170, 1031-1065.
- GIRÁLDEZ LOMBA, Antonio (2014): *Vigo y su colonia alemana durante la Segunda Guerra Mundial*, Vigo, Instituto de Estudios Vigueeses.
- HASLER, Anja (2020): «Spanische Seeleute im Arbeitserziehungslager Bremen-Farge», en Eva Schöck-Quinteros / Simon Rau (eds.), *Erziehen-erzwingen-erniedrigen: das Arbeitserziehungslager Bremen-Farge 1940-1945*, Bremen, Universität Bremen.
- HEINE, Harmut (2006): «El envío de trabajadores españoles a la Alemania nazi, 1914-1945», *Migraciones y Exilios*, 7, 9-26.
- HÖRNER, Stefan (2010): “*Die in Auschwitz sterben mussten, haben andere auf dem Gewissen...*” *Projektion, Rezeption und Realität der I.G. Farbenindustrie AG. im Nürnberger Prozeß*, Berlin, tesis doctoral Freie Universität Berlin.
- LEMMES, Fabian (2009): *Arbeiten für das Reich. Die Organisation Todt in Frankreich und Italien 1940-1945*, Florencia, tesis doctoral Instituto Universitario Europeo.
- MARTÍN CURTY, José A. (2017): *La prensa de Vigo en la Segunda Guerra Mundial*, Vigo, Instituto de Estudios Vigueeses.
- MUÑOZ SÁNCHEZ, Antonio (2021): «La lucha de los antiguos trabajadores forzados españoles del III Reich por ser reconocidos como víctimas del nazismo (1956-1972)», *Hispania Nova*, 19, 325-352.
- NÚÑEZ SEIXAS, Xosé Manoel (2016a): «Itinerarios exiliados. Sobre a especificidade do exilio galego de 1936», en idem, *O soño da Galiza ideal. Estudos sobre exiliados e emigrantes galegos*, Vigo, Galaxia.
- NÚÑEZ SEIXAS, Xosé Manoel (2016b): *Camarada invierno. Experiencia y memoria de la División Azul (1941-1945)*, Barcelona, Crítica.

- PASTORIZA SOTO, José (1975): *Reflejos en las orillas del Sena*, Choisy-le-Roi, Gondoles.
- PIKE, David W. (2015 y 2016): «Les îles anglo-normandes sous l'occupation allemande et la singularité des Républicains espagnols en captivité», *Guerres mondiales et conflits contemporains*, 4, 59-78, y 1, 119-138.
- RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, José Luis (2002): *Los esclavos españoles de Hitler*, Barcelona, Planeta.
- SCHARF, Eginhard (2004): "Man machte mit uns, was man wollte". *Ausländische Zwangsarbeiter in Ludwigshafen am Rhein 1939-1945*, Heidelberg, Regionalkultur.
- SOO, Scott (2007): «Ambiguities at Work: Spanish Republican Exiles and the Organisation Todt in Occupied Bordeaux», *Modern & Contemporary France*, 15:4, 457-477.
- SPOERER, Mark (2001): *Zwangsarbeit unter dem Hakenkreuz. Ausländische Zivilarbeiter, Kriegsgefangene und Häftlinge im Deutschen Reich und im besetzten Europa 1939-1945*, Stuttgart, DVA.